

# Familias católicas y no católicas: proximidades y lejanías

Las culpas de la casa ajena todos las creemos: las de la propia las ven pocos,  
porque tienen en sus ojos todas las vigas de sus techos.  
Francisco de Quevedo

Por FRANCISCO ALMAGRO DOMÍNGUEZ

**H**ace ya unos años fui invitado por el padre Jesús Espeja o.p, a participar como consejero psicológico en el *Proyecto de Atención a la Familia* que auspicia el Aula "Fray Bartolomé de las Casas", en el *Convento San Juan de Letrán*. La idea del siempre inquieto y erudito fraile era abrir un espacio multidisciplinario para atender estos grupos desde el punto de vista jurídico, psicológico y pastoral. Muy pronto, la consejería a familias y matrimonios *con problemas* derivó hacia la necesidad de complementar el trabajo con talleres y conferencias para personas *-¿sin problemas?-* interesadas en recibir información y formación sobre temas familiares.

A pesar de una práctica de más de tres lustros, una formación académica en terapia familiar y haber iniciado, en la Parroquia de Santa Rita, una experiencia parecida un año antes, esos primeros momentos de consejero de familias en Letrán quedarán en mi memoria como los retos técnicos y éticos más grandes que he enfrentado en mi vida profesional hasta el momento. Varias preguntas, algunas de ellas sin respuesta todavía, me asaltaron entonces: *¿cómo manejar un matrimonio casado por la Iglesia que viene con la intención de separarse porque han dejado de amarse?*; *¿cómo se ayuda a una familia que decide emigrar, separándose hijos y padres, porque no tienen otra opción?*; *¿qué recomendar a una joven católica que mantiene relaciones sexuales con su novio a espaldas de su familia?*; *¿hasta dónde se puede ayudar a una madre soltera asediada por la necesidad material y espiritual de compañía afectiva?*

No podía olvidar que estos verdaderos dramas humanos se daban en un contexto único. La mayoría de los solicitantes eran católicos o asistían regularmente a la Iglesia. Pero vivían en una sociedad secular y secularizante donde el divorcio es, a menudo, la única opción a la vista; un medio que tiene la emigración *definitiva* como única salida a sus problemas materiales; una juventud para la cual la relación sexual prematura y sin compromiso es lo común; mujeres que deciden hacer *producciones independientes* o han tenido dos y tres hijos de padres diferentes y ellos ni siquiera se ocupan de cómo les va. A ello añadiríamos que la consejería, como concepto, es una intervención breve, no profunda, cuya meta consiste en orientar o aclarar parte del conflicto en una o dos sesiones. Varias de esas familias y parejas hubieran sido tributarias de prolongadas terapias porque el problema no era sólo su problema. Era el problema de sus padres y aún de sus abuelos: la pérdida de importantes referentes y valores humanos; un no saber qué es lo verdadero, lo adecuado para ser y hacer felices a los demás; extravío transmitido de generación en generación y que, paradójicamente, al llegar a la Iglesia, y aceptar sus preceptos, entraban en contradicción con la historia familiar y social vivida hasta entonces.

La Familia es una sola

Pasados los primeros *sustos*, algo se aprende: con independencia de sus credos religiosos, políticos o

filosóficos, las familias pasan por similares ciclos vitales, niveles de organización, necesidades y experiencias. Y más: viven una realidad social a la cual no podrían sustraerse aunque quisieran. Ciertamente siempre hay un margen -a veces pequeño, pero posible- para buscar alternativas. Sin embargo, recomendar una especie de *gheto familiar*, de aislamiento de la sociedad, es causar más daños que beneficios. Eso también es algo que aprende sólo quien se enfrenta a una familia católica de nuestros días y con problemas como los mencionados anteriormente.

Motivados por estas observaciones *a priori*, en el año 2004 realizamos una investigación en 97 familias de 10 comunidades cristianas de la Diócesis, seis de Ciudad de la Habana, y cuatro de la provincia La Habana. Fue auspiciada por el Movimiento Familiar Cristiano (M.F.C.), con la participación, en calidad de encuestadores, de unas 20 personas de esas comunidades. Los resultados, a grandes rasgos, fueron los siguientes:

- La estructura de las familias de la capital y de las áreas suburbanas difiere ligeramente. En las primeras predominan los hogares ampliados -varias generaciones viviendo bajo el mismo techo- y en las segundas, la familia nuclear -solo padres e hijos-. Ello podría explicarse a partir de la escasez de viviendas en la ciudad. La convivencia de tantos y con tan disímiles metas en espacios reducidos hace difícil la propia coexistencia, en el caso de las familias ampliadas o extensas. Sin embargo, aumenta la red de apoyo familiar en casos de enfermedad o de la misma asistencia a la Iglesia y el acompañamiento de niños al catecismo.

- Aproximadamente el 39 por ciento de los hogares son monoparentales -madres divorciadas con hijos- o reconstruidos -padres con hijos de matrimonios anteriores vueltos a casar-. Aunque el divorcio no fue estudiado directamente, que una de cada tres familias haya sufrido una separación matrimonial indica la alta proporción del fenómeno en nuestras comunidades. No obstante, las altas cifras de ruptura y recomposición de la familia cubana son similares en la población no católica. Ello indicaría no solo la necesidad de prestarle atención pastoral al problema concreto del divorcio y la familia monoparental. También muestra que la familia católica no es inmune a ese percance.

- De forma global la persona más vinculada a la parroquia suele ser la madre, seguida por los abuelos. La ausencia de padres en las actividades de la comunidad es manifiesta cuando se compara con los miembros citados.

- En la provincia La Habana, sin embargo, los abuelos son quienes más asumen las tareas de la comunidad, y entre ellas, llevar a sus nietos a la catequesis y la organización de tareas propias de la liturgia o de los distintos movimientos laicales.

- Al interior de la familia es la madre la persona central. Sobre ella recaen casi todas las funciones domésticas, educativas y recreativas del resto de los miembros. Se confirma cierta *perifricidad* del padre. Además de tener una explicación sociocultural, este dato sostiene el *agobio* expresado por muchas mujeres a quienes se le suma el trabajo fuera del hogar. Existe cierto *matriarcalismo* al ser las madres y las abuelas las que asumen las tareas vitales de la familia. Este resultado coincide con otras investigaciones hechas en familias no católicas cubanas.

- En el área afectiva vuelve a ser la madre la persona *más cariñosa*, o *más comprensiva*. Es posible, no obstante, percibir en la mayoría de los hogares estudiados, un clima emocional favorable. A pesar de no estudiarse directamente la agresividad y la violencia doméstica, los resultados indirectos permiten inferir relaciones emocionales diferentes al resto de la población. Sería muy interesante consultar un estudio sobre el particular, realizado por el Departamento de Familia del Centro de Investigaciones Sociológicas y Psicológicas de Cuba.

- La autoridad o liderazgo descansa en uno o en ambos padres para la mayoría de las familias estudiadas. No se confirmó que los abuelos sean, en realidad, quienes decidan o pongan las reglas del grupo. El resultado orientaría al hecho de que aunque los abuelos lleven a sus nietos a las actividades de la comunidad, serían los padres quienes en primera instancia permiten y alientan que así suceda.

### Del dato a la misión

Los resultados nos dejan algunas conclusiones, quizás ya expresadas por otros autores en este mismo número de *Espacio Laical*. En primer lugar, no existe una diferencia significativa entre las familias católicas estudiadas y otras investigaciones hechas en la población general en cuanto a

estructura y funciones familiares. Muchos expertos consideran que las religiones cristianas, por sus valores en defensa del matrimonio, del respeto a la vida desde su concepción, la consideración a los mayores y la dignidad del cuerpo, podrían representar una especie de *protección* para la familia. Pero en el caso cubano, donde más del 70 por ciento de los actuales practicantes han llegado a la Iglesia en los últimos 10-15 años, con poca o ninguna información y formación en esos valores cristianos, era de esperar semejantes datos en unos y otros grupos familiares.

Las altas tasas de divorcio experimentadas en Cuba en los últimos 40 años -una tendencia también visible en otros países occidentales-, la presencia de una masa nada despreciable de mujeres solas con sus hijos, el acelerado envejecimiento de la población y el no reemplazo laboral, la *perifricidad* cada vez mayor de los hombres con relación a la familia y la gran cantidad de hogares ampliados o extendidos donde deben convivir varias generaciones, dibujan un panorama bien complejo para la familia cubana en los próximos años. De ahí que una segunda conclusión sería la necesidad de trabajar ya no solo en la evangelización de la familia como un todo, sino en áreas particulares de estas -dadas sus urgencias-, y siempre desde una óptica humanista, con *los pies en la tierra*. Entre las prioridades estaría, sin duda, la mujer. Sobre ella gravitan la mayoría de los problemas familiares y, a veces, los extrafamiliares. Es imprescindible el acompañamiento a la mujer -y también al hombre-divorciados y con hijos. Hay demasiada irresponsabilidad en una cantidad sustancial de padres que se divorcian, asimismo, de sus hijos. Y hay demasiada liberalidad en una buena cantidad de madres para escoger un *padrastr* para sus hijos.



Maternidad, (1952, óleo/tela).  
Wifredo Lam (1902-1982).

Otro tema necesitado de urgente labor en la pastoral familiar es el de la convivencia. Es presumible que la situación de la vivienda no cambie de manera importante en los próximos años, y aún cuando así fuera, el dilema no es de geografía; es de modos y patrones de coexistencia en los cuales el diálogo resulta el principal ausente. Las personas no saben escucharse. Y el primer sitio para ello debe ser la familia. Por último, es cierto que resulta abrumador el trabajo con familias escindidas por el divorcio, la emigración y las ideologías excluyentes. El contexto no ayuda mucho: es como una pantalla sobre la cual las familias deben proyectar sus siluetas si quieren, de alguna manera, *estar en la película*. No obstante, siempre hay oportunidad para comenzar un proceso de diálogo y reconciliación dado un cambio de contexto o un cambio lo suficientemente decisivo al interior de la familia.

Un futuro de paz y armonía para nuestro país sería impensable sin ese proceso de cambio cualitativo en lo más íntimo de la familia. La reconciliación y la paz de los cubanos pasa, inevitablemente, por sus hogares; la paz, el perdón y la reconciliación será en la familia o nunca será en la sociedad. Por eso, el trabajo con los niños y los jóvenes es imprescindible. Educar para el amor, para el diálogo, y la tolerancia desde la más temprana edad es, tal vez, la mayor de las prioridades. Y eso es válido para católicos y no católicos, porque la familia, para todos, sin distinción de credos e ideologías, es el único sitio de este mundo donde toda lejanía siempre semeja una intensa proximidad.